〉 PRESENTACIÓN

Una historia para el subcontinente

Consumados los hechos, por más impacto que tengan, suelen irse convirtiendo en efímeros por lo inexorable de lo cotidiano y la fuerza del tiempo. Hace falta construir su significado para que puedan retenerse en la memoria colectiva y se vuelvan historia, es decir, un referente del inconsciente, una representación. Y entonces entran en el imaginario como un símbolo. Tal como sucedía en el oráculo: los signos adquieren una fuerza poderosa que se proyecta en el inconsciente colectivo, ya sea por la fe o por la convicción. Entonces constituyen símbolos que se expresan mediante signos mostrados con la fuerza de la palabra, como diría Paulo Freire; entonces el acontecimiento es perenne, se despliega como un culto, se infiltra en la cultura popular y trasciende el tiempo.

El signo puede empezar con una palabra y dar sentido a ciertas cosas de la vida, es un concepto, una idea. Como la palabra *revolución*, que destruye o cambia todo; tal vez todo depende de la conceptualización de la idea. Así, la Revolución Francesa, parteaguas universal, simboliza una gesta que cambió todo. O la defensa martirizada de un sitio, un lugar, una geografía que se vuelve idea-fuerza: el sitio de Leningrado o el de Cuautla (guardando las proporciones de sangre). Pensemos también en la epopeya heroica de un pueblo: los republicanos en

estudiosSOCIALES8.pmd 7 28/09/2011, 13:29

la guerra civil española, la gesta del Vietcong, los soldados griegos en las Termópilas… No falta, desde luego, el sacrificio de una nación o una cultura ante los estragos del fanatismo y el racismo, ahí están, como efigies del exterminio, víctimas y verdugos. Todos son hechos convertidos en símbolos: la matanza de armenios por los turcos o el holocausto, y hoy, seguramente, la tragedia de los palestinos a manos de los judíos, la carnicería humana en Bosnia o los muertos en Acteal. Y en este tenor, ¿quién no ha quedado embelesado por los mitos fundacionales, representaciones simbólicas para darle sentido a una búsqueda, a una trashumancia: la gran marcha de Mao; la peregrinación azteca; Gandhi y la marcha de la sal; César cruzando el Rubicón…?

Pero una trasgresión a esa larga configuración colectiva rompe el ritmo de la historia y la esencia de las palabras; el símbolo se desvanece o se pervierte, perdiendo su validez histórica; la palabra se hace retórica. El nominalismo se derrumba como interpretación de la vida, pierde su vínculo con la realidad, deja de ser un lenguaje y se trastoca por la fuerza de la manipulación y la demagogia; las palabras pierden entonces su significado. El signo se disipa. Ahí están como ejemplo las palabras *centenario* y *bicentenario*, las cuales se han venido convirtiendo, a fuerza de retórica y uso desmedido, en expresiones desgastadas, expropiándoseles su sentido cabalístico o simbólico. Alguien las nombró no para preservar su auténtico significado genético, sino para usufructuarlas con fines aviesos e inconfesables, o para generar una rentabilidad política o de poder. Y si a eso le abonamos una secuela histórica contraria al sentido de aquellos hechos, secuela que con el correr de los años muestra como saldo lo que no es precisamente el paradigma que se identifique con su origen cien o doscientos años después. Centenario o bicentenario, entonces la falsificación se magnifica.

Y no nos referimos sólo a la sociedad mexicana, cuyos desajustes e inequidades, cada vez más

abismales, parecen restregárselos en la sublime cara a nuestra inmaculada patria. Se trata del subcontinente todo, lleno de gestas y efemérides, de próceres y hazañas inauditas, pero que en el concierto de su vida transcurrida, sus saldos, sus secuelas no alcanzan a distinguirse entre las desigualdades de ayer y las de hoy. El continente de la esperanza es el de la tardanza.

¿Qué nos pasó? ¿Qué sucedió en los recovecos del proceso histórico latinoamericano? ¿Qué explicación podemos deducir desde entonces y en todas estas décadas centenarias que nos ha impedido ser solventes como naciones en progreso, aunque nos enorgullezcamos de nuestras costumbres domésticas o nuestras culturas pretéritas? Es necesario indagar, conocer para ser libres, y en ese sentido los nuevos paradigmas historiográficos intentan ver, con renovada mirada, las fuentes de la historia, desplegándose y recabando nuevos testimonios y evidencias que, juntos –miradas y fuentes–, ayuden a construir nuevos caminos para entender lo que hemos sido, lo que nos han hecho desde otras latitudes, lo que somos y queremos ser. Éste es el aporte de una historiografía que busca enderezar y elevar los esfuerzos de un progreso que hasta ahora sólo ha sido retórica política. ¿Lo fue en el pasado? La historia es una ciencia del presente mirando a través del pretérito, y desde luego que, si es así, entonces debe invariablemente contestarse esa pregunta y de paso contribuir a reconstituir el camino del porvenir latinoamericano.

Por todo ello hemos considerando incluir en este número de la revista ESTUDIOS SOCIALES trabajos de colegas latinoamericanos y europeos que, desde una ventana multicolor, buscan, junto con historiadores locales y nacionales, ofrecer diversas evidencias del acontecer histórico del subcontinente, con una nueva intencionalidad: decodificar, resignificar, haciéndolo desde el interés genuino del descubrimiento o desde nuevas interpelaciones; es la búsqueda de un saber más crítico pero más certero de aquellos pliegues desconocidos de nuestra historia continental y doméstica.

Nos mueve también el hecho de que debíamos desarrollar un programa educativo para el conocimiento de nuestras historias y para convertirlas en una gran historia latinoamericana (pues la historia de América Latina como parte del currículo de los países del continente fue disipándose al correr de los años), y de que si bien hubo esfuerzos significativos en Perú con Haya de la Torre, en el primer periodo gubernamental del peronismo en Argentina, con Cárdenas en México, y algunos otros esfuerzos aislados en Venezuela y en Colombia, lo cierto es que la enseñanza de la historia latinoamericana ha sido intermitente, precaria o ha estado, por lo regular, ausente; muchas veces son sólo unos efluvios de acontecimientos epopéyicos los que llegan como un eco casi silencioso. Así, en México sabemos poco de Bolívar, de De Sucre, de San Martín. Nada de la historia social, económica o política de nuestras naciones hermanas. En Sudamérica apenas conocen algo de Juárez, Hidalgo o Lázaro Cárdenas. Todo lo demás sigue oculto. Para unos y para otros. Se desconocen los múltiples procesos, los cambios, las evoluciones y revoluciones. De ahí que se necesitan esfuerzos como el que en esta revista hacemos al incluir como parte de sus contenidos analíticos los procesos de independencia y revolución, aconteceres en Argentina, Colombia, Venezuela y Chile, además de los de México. Textos que además buscan adentrarse en esos pliegues inéditos de los entretelones de la vida social y de los actores gravitantes en espacios bajos –para usar una expresión de ¿???? NOMBRE Vilar–, es decir, de las vicisitudes y pensamientos de pobladores, gentes comunes y corrientes que desbrozan en el devenir del tiempo el signo de los acontecimientos.

ARMANDO MARTÍNEZ MOYA